

El pozo

Ocurrió en aquellos días en los que vivía ligado a la silla. El accidente acababa de ocurrir y tras múltiples intervenciones y un periodo en el que perdí la noción del tiempo por completo, comenzaba a habituarme a pensar que quizás no volvería a caminar nunca. Aquella idea se había vuelto obsesión y contabilizaba el cien por cien de mis pensamientos. Me cepillaba los dientes pensando en que tendría que bajar el espejo del baño de mi casa. Me duchaba con la ayuda del auxiliar correspondiente, humillado cada vez que me tomaba en brazos totalmente desnudo y me colocaba sobre el asiento especial de la ducha, para luego llevarme de vuelta a la silla. La silla. Siempre la silla, llenándolo todo. Odiada por lo que representaba y al mismo tiempo mi única posibilidad de autonomía. La miraba de soslayo desde la cama cada mañana y me preguntaba durante demasiado tiempo qué sentido tenía todo aquello. ¿Por qué habían de ser más eficientes los sistemas de seguridad de los vehículos modernos que los conductores alcohólicos que los dirigían? Mi único consuelo era que en aquel coche viajaba solo y que la peor parte se la llevó un pino centenario de la carretera de Miraflores. Contaba los minutos en aquel ritual matutino en el que la silla y yo nos observábamos, aguardando hasta el momento oportuno, lo justo para que pudiera darme tiempo a bajar por mis medios desde la cama hasta la silla, de forma que, cuando el cuidador de la mañana entrara en mi habitación me encontrase allí, quietecito, generalmente mirando la pared crema que tenía enfrente de la cama, evitando cuidadosamente el crucifijo que colgaba unos centímetros más arriba del punto donde mis ojos taladraban el tabique.

Era una tarde de domingo, como no, las más odiadas de aquel invierno sin nombre, gris, frío y áspero. Se jugaba el partido del siglo de aquella semana que había dejado vacíos los pasillos de visitas y el escaso personal de guardia en aquel centro privado permanecía pegado a la pantalla de

televisión con una oreja puesta en las alertas de unos monitores que daban poco guerra en aquella planta de hospitalizados de larga trayectoria. Éramos gente varada en el arcén de la vida, o puestos en dique seco a la espera de que se nos botase de nuevo al mar o se nos enviara al desguace, según el caso de cada uno. Cuando permaneces demasiado en un lugar así, la mayoría de nosotros pasamos buena parte del tiempo a solas. Las familias siguen sus vidas embebidas por la vorágine cotidiana que nunca cesa y siempre vuelven a verte con periodicidad, te llaman, te mensajan, pero mucho del tiempo lo pasas solo. Bueno, solos nunca estamos del todo. Quien más quien menos se acompaña de sus demonios y de sus fantasmas.

Esa tarde, que sentía todo el peso de la ausencia de sentido, de la falta de fe en un futuro que no existe nunca, pero menos cuando has perdido el rumbo, decidí hacer algo que nunca había hecho hasta entonces, cabalgué sobre mi montura de cuatro ruedas y salía a rodar por los pasillos de la sexta planta. Me llevó mi tiempo, como siempre, pero no tenía prisa. Los brazos fuertes después de años de gimnasio servían al fin para algo más que para lucir en fotos de Instagram y tras un par de intentos fallidos y dolorosos fui capaz de aposentarme en la silla de ruedas y colocar mis inservibles piernas en una posición decorosa.

Salí al pasillo. Odio los hospitales los domingos por la tarde. Son cáscaras vacías, solo llenas de olor a desinfectante y ahogados silencios. Ese silencio que parece estar a punto de romperse en cualquier momento pero que no termina de hacerlo y cuando finalmente se quiebra es en forma de alarma, de quejido, o de suspiro. Pasaba la sucesión de puertas cerradas, beis sobre crema, bañadas por la dura luz blanca de las luminarias. Y todo aquel maldito vacío reventaba, rebotando en mi interior, lanzando esquirlas de mi alma volando a toda velocidad resquebrajando mi corazón.

Al final del corredor llegué a una sala de espera con varias sillas de plástico y la única ventana practicable de la planta. Desde ella se veían las luces coloridas de un Madrid prendido de tonos rojizos y anaranjados. Hileras de coches, solo visibles por sus luces, formaban una serpiente interminable que se adentraba en las negras entrañas del monstruo urbano. Miré hacia abajo y, aunque desde mi posición sentada era difícil tomar el ángulo adecuado, se distinguían los extractores de aire acondicionado en la planta baja. Cuadrados de chapa, de contenido misterioso y cubierta herrumbrosa. Seis plantas más abajo: entre veintidós y veintiséis metros. Pongamos que fueran veinticinco... según la gravedad de Newton, un cuerpo dejándose caer tardaría 2,26 segundos en llegar a aquellas cajas de chapa oxidadas y las golpearía a 22 metros por segundo. Apenas dos segundos no me dejarían mucho tiempo para arrepentimientos ni quejas, ni poción a cambios de opinión. La ventana no tenía sistema de seguridad, solamente una maneta de plástico roído. El cristal doble impedía la llegada de ruidos del exterior, también dejaba al otro lado el frío viento de aquella tarde invernal, no obstante, una helada sensación corría mi espalda desde la nuca hasta el punto donde las piernas dejaban de sentir.

Escuché la voz a mi espalda, amortiguada por el vano de una puerta cerrada. Sentí cierto alivio de que algo distrajera mis pensamientos por un instante y motivado por esa sensación hice girar las ruedas en la dirección desde la que se escuchaba el discurso distorsionado de un hombre. Avancé por otro pasillo desierto hasta llegar frente a la puerta 644. La puerta solo estaba medio cerrada por lo que pude ver una figura masculina, ligeramente encorvado sobre la cama frente a él mientras algunas palabras salían de su garganta. No era una voz bella sino, por el contrario, bastante rota... hecha a gritar, posiblemente a vocear órdenes o lanzar chanzas en las horas más frías de la jornada: la noche o justo antes del alba. Quebrada por el tabaco, o quizás los cafés cargados de licor. El cabello negro le caía sobre la nuca sin gracia, áspero, ligeramente grasiento,

brillante. Vestía una camisola de trabajo con bandas reflectantes amarillas en brazos y espalda. Leía, eso era seguro, y lo hacía, pese a su voz poco agradable, con la calma y la dedicación de quien lee a un niño para que se duerma. Con esa devoción que regala un padre más allá de su cansancio por la jornada laboral o por las motivaciones que aterran la mente de un adulto convirtiéndola en campo baldío. Leía no para divulgar, sino para vestir un alma, para dar consuelo, compañía y arrancarle al frío del silencio su cuota de mercado en aquel lugar maldito sin tiempo ni memoria. Leía este fragmento:

“Ahora había conducido mi vida a un estado más feliz y mucho más cómodo que al principio tanto para mi espíritu como para mi cuerpo. A menudo me sentaba a comer admirando la mano de la Providencia divina, que había servido mi mesa en medio del desierto...”

Súbitamente guardó silencio. Se incorporó sobre la silla azul del acompañante y se giró hacia mi presencia, quizás alertado por ese sexto sentido que detecta ojos en nuestra espalda.

- ¿Puedo ayudarle en algo? – su voz sonó más áspera que cuando leía, suspicaz, aunque pude ver que cuando sus ojos bajaban hasta las ruedas bajo mis piernas, su ceño se desarrugaba y añadió - ¿Necesita algo, amigo?
- Buscaba a una enfermera – mentí azorado, sintiendo cómo el rubor subía a mi rostro.
- Están en el mostrador junto al ascensor. Hoy estará Toñi, ella no es futbolera y le tocan siempre estos días.
- Gracias... - dudé unos instantes y juro que no sé por qué lo hice, pero pregunté de forma totalmente inconsciente - ¿Qué libro es ese que leía?

El hombre bizqueó ligeramente, sorprendido por la pregunta. Su piel era morena, el rostro enjuto, surcado de arrugas de expresión, éstas enmarcaron la sorpresa primero y luego algo que no supe identificar. La nariz ganchuda tenía la marca indeleble de una fractura, lo mismo que atesoraba

una vida intensa, desarrollada en el lado menos favorecido de la mesa donde se reparten las cartas. Levantó un ajado volumen con la cubierta ilustrada en tonos azules. Parecía un libro infantil, o al menos una edición para lectores jóvenes. Me acerqué rodando silenciosamente para leer las letras de la tapa. No estaba aún dentro de mi alcance visual cuando él dijo:

- Robinson Crusoe. ¿Lo ha leído?
- Conozco la historia.
- ¿Pero lo ha leído?
- No.
- ¿Por qué, no le gusta leer?
- No, bueno sí... no sé... supongo que en mi casa éramos más de tele. No leía mucho.
- Lo siento.

Abrí la boca para preguntar qué era lo que sentía, pero su frase rodó por el interior de mi cabeza bloqueando cualquier intento de articular respuesta. Él había abierto el libro y lo ojeaba distraídamente, siguió hablando mientras pasaba páginas aparentemente al azar.

- En mi casa no había tele. Mi madre – hizo un gesto indicativo con la cabeza hacia el cuerpo que descansaba en la cama aledaña – Mi madre no tenía mucho tiempo para estar en casa. Trabajaba mucho, ¿sabe? Todos los días, pero las noches que podía nos leía algo. Siempre de biblioteca, claro, ya sabe.

Presté atención a la mujer. Era grande, de piel también morena, aunque no tan atezada como la del hijo, los cabellos, ya más canos que oscuros, descansaban perfectamente peinados a ambos lados de su cabeza. Había sido una mujer corpulenta de anchos hombros y formas generosas, ahora abatidas por la edad y la inactividad del tiempo en cama.

- ¿Ahora vienes a leerle tú a ella?

El hombre asintió. Movía el libro entre sus enormes manos encallecidas como si fuera una baraja.

- El alzhéimer la tiene así desde hace algún tiempo. Mis hermanos y yo venimos a acompañarla.
- Me pregunto si serán capaces de escucharnos – escapó en voz alta aquel pensamiento, abriéndose paso al exterior desde mi cabeza.
- No lo sé. Tampoco sé si ella se preguntaba si lo que nos leía nos llegaba. Lo único cierto es que siempre que pudo nos leyó.
- No es poca cosa.
- En mi casa había poco de casi todo, pero siempre sabíamos que podíamos contar con ella.

Se hizo un pesado silencio. Sentía que estaba interrumpiendo una reunión familiar, pero no encontraba la forma de salir de allí, me sentía atrapado por aquella madre y su hijo. Casi sin darme cuenta de ello me había colocado a los pies de la cama, de modo que tenía de frente a la madre y a su hijo a mi lado izquierdo. Él seguía jugueteando con su libro, mientras miraba intensamente a la anciana que mantenía los ojos cerrados y una expresión beatífica en el rostro.

- Este libro me lo regaló un año porque era mi favorito, ¿sabes? Fue un buen año de Reyes

Emitió una risotada que pareció le iba a partir el pecho. Una risa franca, preñada de buenos recuerdos, pude ver la emoción brillar en sus ojos negros.

- Los niños de ahora están apollardaos de tantas tonterías que les damos. Hasta yo quiero dar a los míos lo que no tuve y se me olvida a veces darles lo que sí tenía a espuestas, pero ¿qué te cuento a ti? Tú no tienes hijos, eres muy joven y tienes cara de... de no tener
- ¿Qué cara es esa de no tener?
- Me refiero a tu expresión. Tienes la muerte aún pintada en el rostro. Estás jodido, ¿eh? ¿Accidente de moto?
- De coche – bajé la cabeza mucho hasta enterrar la mirada en mi regazo.

- Pues eso, tienes cara de no tener muchos planes de futuro.
- ¿Planes? – eché mano a las ruedas e hice un giro sobre mí mismo - ¿qué mierda de plan voy a hacer con esto? Mi vida es una mierda.

Resopló soltando un bufido. Me miró con los ojos encendidos como carbones, el rostro se le demudó en una mueca fiera, por un instante pensé que se lanzaría contra mí.

- La vida es un puto regalo. Solo un ciego no lo ve. De eso va este libro, de eso van todos los buenos libros que tienen algo que contar: Robinson, Anna Frank, El corazón de las tinieblas, el Conde de Montecristo, Crimen y castigo... la vida es el mar que te zarandea a su antojo y lanza tu barquito contra los escollos de una isla solitaria, o te encierra en la mazmorra de un castillo y tira la llave al mar, y comienzas de nuevo, porque también puedes rendirte, ¿sabes? Pero ahí se acabaría el libro, así que te levantas y luchas por salir y cuando aprendes que lo has aprendido todo y que no te queda nada más que tú, te preguntas quién cojones eres tú. ¿Y sabes quién eres? ¿Eres acaso la tormenta que te ha reventado la vida, eres las nubes que cubren el sol todo el tiempo en tu cabeza? No hostias, tú no eres las nubes, tú eres el cielo. Y a partir de ahí es cuando abres los ojos y comienzas a vivir y, a lo mejor, un día te encuentras a Viernes y entonces tu vida ya no vuelve a ser igual, porque a tu cielo le unes otro cielo y aunque sus nubes y las tuyas se mezclen y a veces generen tormentas, el espacio que queda, ese telón de fondo, eso es lo que realmente eres tú. ¿Qué la vida no es bonita?, pues claro, no siempre lo es. A mí me parecen feos los números impares, pero la vida es el mejor ejemplo de número impar. Es como un combate de boxeo: uno, dos, uno, dos...uno, naces; dos, pillas la polio, ¡zas! Muerdes la lona – Se puso en pie sin dejar de gesticular y vocear roncamente y en ese momento descubrí sus piernas torcidas hacia el interior, la cadera izquierda más alta que la derecha – tres, te levantas de nuevo, ¡esa es la vida!; cuatro, la cagas con malas decisiones y amistades equivocadas, ¡otra vez la lona! Cinco, te levantas otra vez...la vida es impar, la vida no siempre mola, no

es una puta galería de Instagram. El ayer es el lugar más inalcanzable del mundo, mañana no existe, vives hoy. Y no se te ocurra llorar que no hay motivos, ni siquiera para ella – señaló con la mano del libro a su madre – porque vivió su sueño. Con sus malas cartas y con sus pobres armas dio de comer a sus hijos y les dio dignidad, ¿qué cosa mejor se puede dar? Lloro entonces y con razón por renunciar a tu corazón, por ponerle una mordaza y por taparte los oídos ante tu propia voz. Ahí sí que debes llorar porque habrás perdido.

Se sentó de nuevo aún alterado y volvió a abrir el libro por donde mejor le pareció. Sus dedos oscuros resaltaban sobre el papel amarillento. Deslizaba las páginas, a pesar de la energía utilizada en su discurso, con delicada sensibilidad, acariciándolas, acompañándolas en su recorrido. Reinició su lectura en otro punto cualquiera del libro y la áspera voz volvió a endulzarse en la medida de sus posibilidades para acunar los oídos de aquella mujer ahora frágil y marchita.

Salí silenciosamente de la habitación 644, era lo bueno de las ruedas de goma de la silla que no hacían el intrusivo ruido de unos zapatos golpeando el suelo. Al llegar al marco de la puerta, la voz del hombre me paró en seco y giré la cabeza hacia él como un clavo atraído por un imán.

- ¡Eh! Recuerda una cosa, el pozo y las tinieblas estarán siempre bajo tus pies, pero la luz viene del Sol y para verlo hay que mirar para arriba.

Me alejé por el corredor por el que había venido y lo último que escuché fueron unas líneas que leía a su madre, o que me leía a mí la vida, cómo saberlo.

“Le pregunté entonces a Viernes si estaba resuelto a defenderse y a defenderme, a ayudarme y hacer lo que le pidiera

- Yo morir cuando tú morir – me respondió”